

José Edgardo Cal Montoya¹

Pasar páginas, anteponer memorias y administrar el olvido:

escribir y conocer la Historia de un país como tarea de dignidad y de futuro²

Universidad de San Carlos de Guatemala

josecalmontoya@gmail.com

La elaboración hegemónica de la Historia Nacional

El título de esta presentación al libro del profesor Emilio del Valle Escalante, *Nacionalismos mayas y desafíos poscoloniales en Guatemala. Colonialidad, modernidad y políticas de la identidad cultural*, puede parecer contradictorio. Si la escritura de la Historia de un país es una tarea que es asunto de nosotros los Historiadores y de toda la sociedad, ésta no se puede realizar pasando páginas, ni anteponiendo memorias y menos aún, administrando ese olvido que dictamina qué debe decirse o no y qué debe recordarse o no. En pocas palabras, cuáles hechos y procesos de la trágica Historia de Guatemala objetan las pretensiones de dominio de quienes han organizado y controlado las jerarquías económicas, sociales y culturales que han ido haciendo hoy de este país, más allá de las consideraciones de organismos internacionales, un Estado inviable.

¹ Historiador. Docente en la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala y Profesor Visitante del Postgrado en Historia de la Universidad de Costa Rica y del Centro de Investigaciones sobre América Latina y El Caribe –CIALC– de la Universidad Nacional Autónoma de México.

² El presente texto es un versión modificada del prólogo al libro de Emilio del Valle Escalante: *Nacionalismos mayas y desafíos poscoloniales en Guatemala. Colonialidad, modernidad y políticas de la identidad cultural*. Guatemala, FLACSO, 2007.

Esta problemática, está profundamente urdida por el debate en torno a la malograda instauración de un proyecto nacional que contradictoriamente fue concebido desde una política estatal de segregación de la mayoría de sus habitantes: los indígenas. La suscripción de los *Acuerdos de Paz* en 1996 como pacto político de convivencia que abrió nuevas posibilidades de reconocimiento, expresión y reivindicación social de aquellos sectores tradicionalmente excluidos en el país, otorgó nueva cobertura a una vieja controversia que en ese momento tendría a futuro mayores implicaciones políticas: el debate sobre el Estado y la Nación. Al haber pasado más de una década, a este debate han concurrido numerosas contribuciones y esfuerzos que seguirán reclamando del sector académico la ampliación y sistematización de una reflexión fundamental sobre la construcción de un Estado sensible a la diferencia que otorgue espacios de reconocimiento, en igualdad de condiciones, a todos sus miembros para pensar en una nación como comunidad política incluyente. El trabajo del profesor Emilio del Valle Escalante es una contribución sustancial a esta discusión al proponer una lectura crítica, desde la perspectiva de los estudios culturales y de subalternidad, sobre el surgimiento e implicaciones políticas y culturales de los debates actuales sobre el movimiento maya y los contenidos de las diversas propuestas existentes en el país para la gestión de las denominadas “políticas de la diferencia”. Este abordaje, supone una aproximación crítica de las denominadas “narraciones hegemónicas” que han construido una comunidad pensada desde el imaginario ladino con fallidas pretensiones de “modernidad” y “civilización”. Los trazos iniciales de este proyecto nacional se encuentran en las obras que forman parte de la “historiografía liberal” representada por Alejandro Marure Villavicencio, José Cecilio del Valle, Antonio Batres Jáuregui y José Antonio Villacorta. Sus planteamientos inspiraron, condujeron y posibilitaron la institución imaginaria de los rasgos distintivos y excluyentes del Estado nacional moderno guatemalteco. La Consulta Popular de 1999 ofrecía un espacio para incorporar a la Constitución de la República algunas de las orientaciones cardinales de los *Acuerdos de Paz* para favorecer una redefinición más amplia y democrática del Estado guatemalteco atendiendo a su diversidad cultural. Un abstencionismo arriba del ochenta por ciento respaldó el “no” rotundo, liderado por el voto capitalino, a las

reformas que se propusieron. Esta negativa, que fue promocionada por los sectores más conservadores de la sociedad guatemalteca quienes predecían como consecuencia de su aprobación una confrontación étnica incontrolable, fue la respuesta a unas ingentes demandas de ampliación de ciudadanía que hoy siguen pendientes para los guatemaltecos y guatemaltecas postergados de siempre.

Estas discusiones, ocupan un lugar relevante en la exposición que hace el profesor Emilio del Valle Escalante a lo largo del estudio, ofreciendo una lectura de fondo acerca de los debates actuales sobre el movimiento maya y la definición del país como comunidad política ante la continuidad y reproducción de relaciones de poder que actualizan el marco normativo de un Estado monocultural y excluyente en el que se ejerce y afianza la “colonialidad del poder”: esa urdimbre de pautas, condicionamientos y jerarquías que se imponen en los hechos y los discursos para legitimar las hondas brechas económicas, sociales y culturales que impiden a la mayoría de la población tener una existencia digna.

Ante el creciente desarrollo del movimiento maya, que ha sido ampliamente estudiado por los académicos Demetrio Cojtí, Santiago Bastos y Manuela Camus, los operadores políticos y académicos de las élites tradicionales del país han interpuesto y desarrollado –como lo expone el autor– narrativas de “modernidad”, “nación” y “ciudadanía” que relegan la discusión de fondo sobre la definición de nuestra comunidad política y pretenden seguir ocultando el sangriento naufragio de un Estado imposible, en palabras del profesor Carlos Guzmán Böckler, que actualmente sufre una de sus más hondas crisis institucionales para responder a demandas ciudadanas básicas. En esta dirección, el profesor del Valle Escalante aporta una reflexión pertinente sobre la articulación de alternativas de representación y lucha del movimiento maya que transitan en la (a) vía cultural, representada por sus intelectuales más conocidos local y globalmente; y (b) la popular, desarrollada por sus dirigentes de base y otros activistas sociales. La interacción de estos posicionamientos en la construcción de un espacio de representación, lucha y enunciación crítica suficientemente consensuada de los pueblos mayas no ha sido un proceso fácil. Los discursos, comprensiones y propuestas que transitan por estas vías ofrecen una

complejidad de matices que debe seguir siendo analizada, como ya lo han hecho los estudiosos Demetrio Cojtí, Edgar Esquit, Santiago Bastos y Roddy Brett en un esfuerzo por comprender el proceso de construcción de actores sociales y políticos después del conflicto armado. Esfuerzo con el que han ofrecido planteamientos que favorecen una ampliación crítica del debate que sobre esta temática abrió en 1998 el libro del profesor Mario Roberto Morales: *La articulación de las diferencias*. La aparición de este estudio, llevó a que algunos sectores de académicos y operadores políticos favorecidos tanto por las élites tradicionales como por los sectores responsables de las prácticas represivas del pasado, consideraran sus planteamientos como suficientes para “dar por zanjado” este debate y aceptar incondicionalmente el inexorable destino de la incorporación de Guatemala al orden neoliberal posponiendo discusiones fundamentales sobre sus problemas de exclusión económica, social y cultural más apremiantes. Trabajos como el que ahora propone el profesor del Valle Escalante a la comunidad académica nacional contribuyen decisivamente a proseguirlo, ya que retoma críticamente una tarea necesaria dentro de la necesidad de un debate genuino, es decir sin condicionamientos, sobre la realidad cultural de Guatemala ante la abrumadora presencia en la opinión pública de aquellos planteamientos que apelando a un estructuralismo y postmodernismo desprovistos de su potencial crítico, pretenden cancelar el espacio de reivindicación y dignificación de aquellos guatemaltecos y guatemaltecas que el Estado y el mercado han excluido como personas y como ciudadanos. Haciendo a un lado las exposiciones y afectaciones postmodernas en un país en el que en términos históricos *stricto sensu* no ha acontecido la modernidad, no es éticamente ni intelectualmente aceptable que el despliegue de estos posicionamientos y opiniones favorezca silenciar, ocultar, o peor aún, distorsionar, la Historia de sangre y barbarie que hemos sufrido como sociedad. Ante las poses, discursos e incordios de varios intelectuales nacionales y extranjeros que promueven la negación de la Historia, hay que anteponer críticamente su conocimiento y discusión: señalar que es necesario que la Historia que vivimos se conozca y se enseñe en las escuelas. En este sentido, la Historia y la Memoria en una sociedad como la guatemalteca se constituyen en un ejercicio de responsabilidad ética y ciudadana. Sigo preguntándome seriamente acerca de por qué temas tan

capitales para nuestro futuro como sociedad siguen marginados de los grandes espacios de debate público en el país. Llegando más lejos con este asunto me pregunto: si no se quiere hablar de la Historia, ¿Qué es lo que se está pretendiendo ocultar o no decir? Estas preguntas, señalan otro de los clivajes fundamentales de los planteamientos contenidos en el estudio del profesor del Valle Escalante y es el de la gestión en el país de las denominadas “Políticas de la Memoria”, las que de no haber sido por el concurso de la cooperación internacional hubieran sido intervenidas e impugnadas, como ocurrió en el caso salvadoreño, por aquellos sectores con responsabilidades directas en las prácticas represivas del pasado. Recientemente, las élites tradicionales han mostrado un interés por controlar por medio de sus operadores políticos y académicos los espacios de discusión sobre la Historia y la Memoria en el país al favorecer y publicitar la publicación del libro: *Guatemala, la Historia silenciada* del profesor Carlos Sabino, quien sin ser historiador profesional, pretende escribir una reflexión histórica que, en sus palabras “oponga a los mitos vigentes, una versión más balanceada y racional de la Historia del país”. Esta abrogación de autoridad moral e intelectual que invalida de entrada la posibilidad de un debate académico serio y sólo legitima intereses ideológicos de justificación de la represión vivida en los años terribles de la guerra, pone de manifiesto la intención de las élites tradicionales del país de imponer su propia memoria antes de desarrollar un proceso ciudadano de reconstrucción de nuestra experiencia societaria en el tiempo.

Los discursos: colonialidad, modernidad y políticas de identidad cultural

Al referir la actualización y refuncionalización de la “colonialidad del poder” en las propuestas sobre las “políticas de la diferencia” en Guatemala, el profesor del Valle Escalante plantea la articulación de un proyecto político maya desde la subalternidad, es decir, fuera de los planteamientos de la “interculturalidad” como formulación instrumental que sólo legitima los planteamientos del Estado monoétnico. Hablar de un replanteamiento de las políticas de reconocimiento y plena inclusión de la cosmovisión maya en la organización del Estado

guatemalteco, implica en términos de teoría crítica, un nuevo ejercicio colectivo de construcción de reconocimiento de los actores. El estudio de esta problemática deja a los académicos ante la necesidad de entender que queda aún mucho por abordar y estudiar en los procesos de propuesta de diferenciación étnica en Guatemala, dificultad que con honestidad intelectual asume el profesor del Valle Escalante como una tarea a continuar. En esta línea de análisis, es importante denotar que el estudio del proceso de construcción del imaginario nacional pensado desde los ladinos no puede quedarse anclado en el siglo XIX. Los planteamientos que tuvo tanto el movimiento indigenista como el *Seminario de Integración Social Guatemalteca* en las labores de reajuste de los discursos hegemónicos sobre los pueblos indígenas del país, no deben ser dejados por fuera debido a que prohicieron un colonialismo intelectual que bajo la tutela de la dictadura militar y la intervención norteamericana, tuvieron una influencia en el desarrollo de las ciencias sociales en Guatemala que no hemos conseguido valorar todavía con suficiente amplitud.

La conformación de un proyecto político maya desde la subalternidad tuvo en Luis de Lión (1940-1984) uno de sus más influyentes iniciadores al buscar con su obra desarticular la visión indigenista representada en la obra de Miguel Ángel Asturias (1899-1974) y poner en cuestión las “narrativas fundacionales” de la nacionalidad sistematizadas por el liberalismo decimonónico en las que el indio es todo aquello que hay que dejar atrás para que Guatemala ingrese a la modernidad. Si bien a la luz de una relectura de la tesis de Licenciatura del Nóbel guatemalteco encontramos una genuina preocupación por la situación de los indígenas, asistimos siempre a la exposición de ese proyecto político cuyos impulsores se consideraban portadores de una misión de “civilización” y “progreso” para la nación, que al eliminar el elemento indígena del imaginario cultural nacional, haría acontecer la modernidad y la superación material y cultural del país. Este modelo de comunidad política imaginada y tutelada por los ladinos, muestra hoy su fracaso ante la imposibilidad que tiene del Estado guatemalteco de incluir económica, política y culturalmente a todos los habitantes de su territorio. El indígena es, en este sentido, parte integrante del proyecto nacional en la medida en que abandone sus valores ancestrales y preste sus brazos para el desarrollo de la agroexportación. La castellanización durante el orden colonial, la eugenesia

por medio de la migración extranjera y hasta la organización de un *Instituto Agrícola de Indígenas* en 1896 en los albores de la vida republicana, fueron iniciativas que se intentaron para lograr tal misión: todas fracasaron. Se buscaba incorporar al indígena al proyecto nacional sin trastocar las bases de su dominación como mano de obra coactiva y semigratuita para la agricultura, otorgándole progresivamente el ejercicio de una ciudadanía restringida. Aunque estas ideas resulten lejanas en el tiempo, su institución imaginaria en la sociedad guatemalteca mantiene su vigencia tanto en las hondas brechas económicas, sociales y culturales que dividen a la población, como en el ejercicio de prácticas de racismo y discriminación que hace falta superar para que todos quienes componemos este territorio construyamos una comunidad política que fomente la equidad de oportunidades y la convivencia en alteridad. El ideario liberal de “civilización” y “progreso” no nos ha abandonado del todo. La diversidad de iniciativas de construcción de imaginarios sociales de representación nacional que pretenden obstruir estas discusiones fundamentales en la construcción de un proyecto de país, son manifestaciones de la resistencia de las élites tradicionales a ceder sus privilegios económicos y políticos y a que la acción ciudadana por medio de una Historia crítica, impugne las bases de sustentación de su poder. Luis de Lión reacciona ante estas exclusiones heredadas e inventadas al plantear la articulación de un proyecto nacional a partir de la memoria de los pueblos indígenas que impulse su plena emancipación social y política. Ni los planteamientos de civilización y asimilación del siglo XIX, ni los de integración y multiculturalidad del siglo XX, comparecen suficientes ante la necesidad de reapropiación y reescritura de la Historia indígena como lugar de enunciación política que debe pasar a ser la piedra angular de la nación. Para de Lión, la lucha armada era una vía fundamental para conseguir este objetivo. Esta idea matriz de su itinerario como escritor y político no impide al profesor del Valle Escalante ofrecer una descripción bastante clara de las implicaciones que la “cuestión étnico-nacional” tuvo al interior de los debates políticos de las organizaciones revolucionarias en Guatemala, quedando de manifiesto sus significativas diferencias ideológicas y de organización al considerar esta discusión en la mayoría de los casos como supeditada a la lucha de clases. Esta mención de un tema tan complejo pretende

únicamente alentar la escritura de más estudios y libros testimoniales que aporten al trabajo de historiadores y otros científicos sociales en la comprensión de los debates ideológicos, políticos y culturales de las organizaciones de izquierda en Guatemala en medio de la persecución, el terror y la barbarie.

Otro de los aportes fundamentales de este trabajo, es el abordaje crítico del *exposé* de David Stoll sobre el testimonio de Rigoberta Menchú que tanta complacencia despertó en aquellos sectores interesados en cancelar abruptamente la discusión pública sobre la memoria histórica de los horrores de la guerra que apuntaba a la deducción de su participación y responsabilidad en las prácticas represivas del pasado y sus secuelas en la fractura de la institucionalidad democrática del país. La puesta en duda por parte de Stoll de la veracidad y exactitud de lo vertido por Menchú, contribuyó a exacerbar la polarización ideológica de la guerra civil recién finalizada entre aquellos que veían en su intensa actividad pública una puesta al descubierto del “gran engaño” pergeñado por las organizaciones de izquierda y la guerrilla sobre el conflicto armado y otros que atacaron furibundamente sus planteamientos al señalarlo como un agente de Estados Unidos que pretendía generar un espacio de opinión pública favorable a su intervención política y militar en la guerra civil que por más de tres décadas llenó de sangre y dolor a la sociedad guatemalteca. Esta “batalla discursiva” e ideológica consiguió poner en evidencia que tanto las élites tradicionales como el ejército, son los sectores que hasta hoy por distintos medios, se oponen más ferozmente a cualquier iniciativa de discusión crítica de la Historia reciente del país. Sus operadores políticos e intelectuales redoblan esfuerzos por construir una visión de la Historia nacional que justifique la inexorabilidad de la intervención de 1954 ante la expansión de la “amenaza comunista”, siendo el conflicto armado responsabilidad única de la insurgencia. Los planteamientos de Stoll fueron capitalizados por la derecha empresarial y tradicional del país para impulsar un discurso que impugnara los avances políticos y de reconocimiento de la situación nacional que habían quedado consignados en los *Acuerdos de Paz* y sus compromisos políticos y sociales derivados. La izquierda guatemalteca articuló una reacción que no pudo tener el mismo impacto no sólo debido a la amplia atención de la que Stoll disfrutó por parte de los medios

escritos y algunos ámbitos académicos, sino también ante la ausencia de un sector intelectual que desarrollara una contraargumentación consensuada de sus diversas corrientes políticas. La lectura crítica que el profesor del Valle Escalante ofrece sobre la construcción de la investigación de Stoll ofrece datos reveladores. A partir de sus agudas observaciones y las convenciones propias de la investigación histórica no puede otorgársele crédito académico a una investigación que no cuenta con datos precisos de los informantes que aportaron sus testimonios y que presenta una visión simplista y descontextualizada de los grandes procesos de la Historia de Guatemala, como se puede apreciar en el análisis que hace del conflicto entre Vicente Menchú y el *Instituto Nacional de Transformación Agraria* (INTA), institución a la que Stoll otorga un carácter neutro sin considerar su uso instrumental por parte de la dictadura militar para desarrollar su política agraria en contraposición a los planteamientos del movimiento campesino y de las organizaciones armadas. Con evidencias como las desarrolladas anteriormente, el profesor del Valle Escalante pone en evidencia como Stoll se abrogó sobre estos temas una autoridad cultural e intelectual cuyo único fundamento es una trama de suposiciones. El paralelismo que plantea entre la “narración poscolonial” de Stoll y las de Child y Cooper ilustran inmejorablemente los propósitos de legitimación de una “prosa de contrainsurgencia” que pretende borrar, manipular y obliterar las vergonzosas historias de racismo, explotación económica, genocidio e injusticias que han acompañado los procesos de formación de los Estados Nacionales. El impulso de un proyecto nacional a partir de la memoria de los pueblos indígenas que planteó Luis de Lión, es lo que Rigoberta Menchú ha desarrollado en sus denuncias, escritos e intervenciones públicas en la construcción de un espacio de enunciación cultural maya que a partir de la cosmovisión indígena como principio anticolonial y racista, posibilite la invención de un nuevo proyecto nacional que haga a los mayas plenos actores de su propio destino. La generación de un mundo de vida en el que quepan otros mundos.

A diferencia e los planteamientos anteriores, el análisis del profesor Mario Roberto Morales acerca de los discursos literarios y políticos del debate interétnico en el país propone, según señala el profesor del Valle Escalante, la vía de un mestizaje intercultural que niega la posibilidad

de construir un Estado sensible a la diferencia al otorgar al globalismo neoliberal una capacidad omnipotente para hibridizar las culturas. Si bien el estudio del profesor Morales logra argumentar sólidamente que Guatemala es un país cada vez más mestizo, quedan por discutir las implicancias de esta problemática, las que apuntan directamente a pensar en la construcción de un modelo de comunidad política subsidiariamente respetuoso de su diversidad cultural. Esta diversidad, más que planteamiento instrumental, pone de manifiesto la complejidad de pensar en un territorio en el que convivan en plenitud de reconocimiento y ampliación de sus derechos diversos pueblos. El punto medular del análisis que propone el profesor del Valle Escalante sobre los planteamientos del profesor Morales, se encuentra en el desarrollo de su propia crítica al “esencialismo maya”. Crítica que al proponerse desde una “actitud letrada” con pretensiones de delinear una “autenticidad identitaria” sobre lo maya o lo ladino no toma en consideración a los sujetos, corriendo el riesgo de replicar con este posicionamiento el biologismo decimonónico que asumió esta autoridad nominativa en la definición restrictiva del país y sus habitantes. Estas definiciones pueden extenderse, como puede apreciarse al interior de este debate, a otros ámbitos como el de la discusión sobre los *habitus culturales*, expuestos ya ampliamente por Bourdieu. Así las cosas, queda por preguntar si este mestizaje híbrido es el ámbito único de enunciación de la realidad cultural latinoamericana. Siempre desde esta perspectiva, cabría invertir el análisis al pensar que si la globalización cancela las identidades indígenas, ¿Las identidades mestizas permanecen ajenas a estas transformaciones? Queda así pendiente una larga discusión sobre la especificidad de estas identidades mestizas dentro de este contexto de hibridación globalizadora que otorga al mestizaje esa condición de itinerario único por el que se verá conducido teleológicamente el tiempo nacional, corriendo nuevamente el riesgo de silenciar y marginalizar los discursos de aquellos guatemaltecos que han sido reprimidos en la larga tragedia que ha sido nuestra Historia. La construcción de un Estado social de derecho subsidiariamente sensible a la diferencia es una tarea colectiva. La hibridación y el mestizaje no pueden ser vías únicas para pensar a Guatemala como Estado y como Nación. Habrá que poner atención dentro de esta discusión sustantiva cuáles posicionamientos o argumentos terminan por legitimar determinadas subjetividades políticas

como superiores a sus contrapartes y ante todo, de no sobreponer nuevas memorias que comprometan la impugnación de la colonialidad del poder que hay que superar para hacer de Guatemala un Estado viable.

Los planteamientos expuestos anteriormente pretenden solamente sumar a la discusión académica y no a las polémicas estériles plagadas de diatribas. Los planteamientos del profesor Morales han conseguido también señalar críticamente cómo las luchas reivindicativas de algunos sectores que apelaban su pertenencia al movimiento maya y a la sociedad civil sólo sirvieron para la satisfacción de sus intereses personales. Este señalamiento, que también tiene cabida en el estudio del profesor del Valle Escalante, señala la necesidad de mantener una vigilancia, desde nuestra interlocución académica, sobre aquellas construcciones de representaciones sociales en las que paradójicamente casi ninguno de los ciudadanos nos sentimos plenamente representados e incluidos.

Estuardo Zapeta, con algunas diferencias de los planteamientos anteriores, propone una política de la diferencia en la que el lugar de los indígenas en la nación sea negociado tutelarmente con las élites económicas y esté regulado exclusivamente por el mercado. En esta visión en la que no se considera críticamente la organización de la cadena productiva y se plantea la construcción emergente del “indígena empresario” como único interlocutor social válido en los propios términos del globalismo, se propone la generación de un consenso social que ve en el neoliberalismo la vía única de inclusión de los indígenas en el proyecto nacional. Pasando la página de los horrores de la guerra y de las más vergonzosas brechas económicas y sociales que afectan al país, legitima en esta discusión los “designios inescrutables” del mercado para así proponer la construcción de una “multiculturalidad neoliberal”. Así como las élites tutelaron los proyectos nacionales de castellanización, eugenesia y asimilación, Zapeta construye un “nuevo integracionismo” que bajo una nueva autoridad cultural indígena colonial pretende hacer del indígena un sujeto apto para la globalización. Esta transformación implica que las comunidades – a pesar de sus diferencias– abracen irrestrictamente las condiciones de competitividad del orden neoliberal imponiendo un nuevo mecanismo de homogenización cultural que borra sus

especificidades, las que finalmente emergen como un elemento que obstruye “el progreso material del país”. Bajo estos términos, es difícil no retrotraerse a los planteamientos que sobre el indígena esbozaron los intelectuales del liberalismo centroamericano de inicios y finales del siglo XIX. Ante estas argumentaciones, como señala el profesor del Valle Escalante, no se puede dejar de hablar de la cultura como espacio estructural, definición con la que no se pueden admitir planteamientos que al hablar de las identidades culturales como entes pasivos y construcciones ahistóricas, pretenden obliterar el fracaso histórico de los Estados Nacionales por incluir a las diversas culturas que antes de su formación habitaban sus territorios. Hablar de la cultura como espacio estructural no es sólo un debate de nociones, ya que implica debatir el modelo político de convivencia que como ciudadanos queremos desarrollar bajo un diálogo sin pautaciones externas y en condiciones de equidad que nos pongan en condiciones reales de promover transformaciones sociales profundas: la conformación de las demandas económicas, políticas y sociales de los pueblos indígenas como políticas de Estado pueden entonces encontrar un lugar común en el que las posturas cultural y popular vayan más allá de las vías que algunos sectores económicos, políticos e intelectuales del país han proclamado como únicas o inexorables. Las ciencias sociales tienen en este debate una importancia fundamental como discurso emancipador que trascendiendo las modas y los discursos que complacen al *status quo*, dejan abierta la posibilidad de pensar otro país y otra sociedad.

El aporte crucial de este estudio del profesor del Valle Escalante es constatar críticamente que la inclusión de los pueblos mayas dentro del proyecto nacional guatemalteco a partir de un replanteamiento profundo de nuestras “políticas de reconocimiento” no se puede emprender aceptando las lógicas económicas y culturales del neoliberalismo, ya que se reafirmaría la hegemonía ladina. Tampoco se puede plantear un nuevo proyecto de país aceptando el multiculturalismo como discurso “políticamente correcto” debido a que actualizaría nuevamente la idea decimonónica de nación en la que los indígenas seguirían ejerciendo una ciudadanía restringida, o peor aún, de segundo orden. Si bien ahora se entiende a partir de la normalización democrática que los indígenas forman parte de la nación, no hay que olvidar que el colonialismo

y la colonialidad del poder son realidades que hay que enfrentar día con día. Las profundas condiciones de desigualdad económica, política, social y cultural en las que siguen sectores mayoritarios de la población guatemalteca son las que fundamentan las condiciones de la colonialidad en todos los niveles culturales: de etnicidad, de género, de lenguajes, de imaginarios y claro está, de memorias. Queda con estas reflexiones la posibilidad de que el movimiento maya enuncie y accione críticamente la reelaboración de la Historia nacional como una alternativa no colonial; de manera que al recorrer el camino al revés se recuerde, como diría Humberto Ak'abal, que si el camino fuera sólo hacia adelante, se podría contar cómo es el olvido.

Del Valle Escalante, Emilio. *Nacionalismos mayas y desafíos poscoloniales en Guatemala. Colonialidad, modernidad y políticas de la identidad cultural*. Guatemala, FLACSO, 2007. 240 pp.